MAS CIENCIA NUEVA.

Aunque nadie la haya visto en la *Guía de forasteros*, puedo asegurar á ustedes que la miseria es *general*, y que se ha *pronunciado* bajo el triple aspecto del que pide limosna, del que pide trabajo y del que toma lo ajeno.

No sé si hay alguna provincia en España donde hoy no se la vea mandar y dirigir ejércitos más ó menos numerosos de pobres.

El lujo es el alma del mundo moderno, es la necesidad de nuestro siglo; pero el siglo se ve repentinamente acometido por la necesidad opuesta: delante del lujo particular se levanta la miseria pública; ante la necesidad del despilfarro se levanta la necesidad de las economías.

Hacer economías es deshacer lujos; pero esto no quita que el lujo sea un elemento de la economía.

Nuestros padres, por ejemplo, eran económicos; pero ¡ah! nosotros somos economistas.

Hay un género de economía que pertenece á las mujeres que tienen la pretension de saber gobernar su casa; economía empírica, relegada al oscuro manejo del gobierno doméstico, que consiste en reducirse á vivir con lo que se tiene, ó en no gastar más de lo que se gana.

Pero aquí hablamos de la economía

elevada á ciencia, que consiste en gastar más de lo que se tiene, en consumir más de lo que se gana.

Esto es ciencia y esto es economía.

¿Es posible?

Entendámonos.

Hay cosas que pueden suceder, aunque no hayan sucedido nunca.

Lo posible viene á ser como un saco roto, dentro del que todo cabe, y un saco roto es la mayor capacidad que se conoce.

Lo posible tiene sus límites mas allá de lo probable, mas allá de lo verosímil, mas allá de lo creible.

Hay hechos que solo se prueban por sí mismos, es decir, que son porque son; hay otros que los estamos viendo y nos parecen mentira; y hay, en fin, algunos que los tenemos delante y no los creemos,

Es un hecho, por ejemplo, que Napoleon perdió la batalla de Waterlóo.

Pues bien; yo pregunto:

¿Por qué el Gran Capitan del siglo perdió la gran batalla del siglo?

Podeis reiros de los charlatanes, porque eso nadie lo sabe.

Todo lo que la razon puede contestar formalmente hablando es esto: «La perdió, porque la perdió.»

El mismo Napoleon no acertó á explicarse aquello de otro modo.

El suceso se urdió admirablemente, con el mayor sigilo, en la máquina misteriosa de un telar invisible.

Todo estaba previsto por el grande hombre.

Todo estaba calculado, todo, menos una cosa: la derrota.

Napoleon habia citado allí á la victoria, y si podemos decirlo así, la victoria

le habia dado su palabra de honor de acudir á la cita; pero la victoria faltó á su palabra, y en su lugar acudió la derrota.

Aquello fué, porque fué.

Nadie duda que Napoleon perdió la batalla de Waterlóo.

¿Por qué?

Por una razon terminante y única: ¡porque la perdió!

Hace siete años se levantó el mundo entero proclamando la unidad de Italia.

Cayó un trono, y luego otro, y luego otro; ó mejor dicho, cayó un pueblo, y otro pueblo, y otro pueblo.

La poderosa Austria tuvo que retirar sus enormes ejércitos, dejando en poder del Piamonte todo un reino.

Parecia que Italia no iba á tener bastante con Italia.

Antes de dar el último golpe en la obra de la unidad, faltaba borrar la figura geo-

métrica del cuadrilátero; pero el cuadrilátero se reia muy formalmente, por la formidable razon de que era inexpugnable.

Pero hé aquí que el cuadrilátero, cansado de ser invencible, dobla de repente la rodilla y se entrega á sus enemigos, y Austria se retira, dejando èn poder del Piamonte las fortalezas que eran como las puertas de su casa.

Quedaba para la consumacion de la unidad de Italia lo último y lo mas necesario, y lo último y lo mas necesario era lo mas indefenso, lo mas débil, lo mas fácil.

Aquello era como llegar y besarla durmiendo, era tender la mano y coger, era coser y cantar.

A la unidad de Italia solo le faltaba Roma.

Roma indefensa.

Roma es necesaria á la unidad de Italia como la cabeza es necesaria al cuerpo.

La unidad sin Roma es una unidad decapitada.

Roma, sin embargo, permanece en medio de Italia, sitiada por la unidad de Italia, cada vez mas indefensa y cada vez mas invencible.

¿No es este un hecho que parece mentira? (1).

En los misterios insondables de esa ciencia llamada economía moderna, encontramos el ejemplo de un hecho que todos vemos y nadie cree.

Y para que la maravilla sea mas completa y nuestro asombro mas justo, debemos decir que este hecho *increible* se ve-

[1] Esto se escribia en 1867.—En Setiembre de 1870, aprovechando la tremenda lucha entre Francia y Prusia, Víctor Manuel, haciendo pérfidas salvedades, acaba de apoderarse de Roma por una violencia inaudita.

rifica en virtud de una fuerza que se llama *crédito*.

El que más debe es el que más tiene.

Hé aquí un hecho evidente que nadie cree.

Es el *menos* convertido en *más*.

El que suma lo suyo puede sumar algo; pero el que suma lo ajeno puede muy bien sumarlo todo.

Este es el hecho.

Cualquiera ante la evidencia de este hecho, de tan diferentes maneras realizado, preguntará:

—Dígame usted: ¿por ventura lo ajeno es mio?

Y será preciso contestarle resueltamente:

—No.

Y replicará:

—Pues entonces, ¿cómo puede ser lo mio lo que es de otro?

Y le diremos:

—De ninguna manera.

Y volverá á preguntar:

—Entonces, ¿qué es esto?

Y habrá que volverle á contestar:

—Un hecho.

—¿Un hecho qué?

—Un hecho increible.

Sin salir de nosotros, podemos plantear la cuestion por su doble aspecto.

Yo pregunto:

—¿No somos hoy más ricos que hemos sido nunca?

Y me contestarán:

—Sí.

Otra pregunta:

—¿No debemos hoy más que hemos debido nunca?

Otra respuesta:

—Sí.

Tercera pregunta:

—¿Creeis que es más rico el que más debe?

Tercera respuesta:

—No.

Delante de cualquier prestidigitador se os puede ofreeer el mismo caso. Veis las maravillas que hace con sus manos, no podeis negar el testimonio de vuestros sentidos, pero no lo creeis.

Es, pues, posible.

Yo tengo. Hé ahí el pequeño bolsillo donde encerraban nuestros padres toda su fortuna.

Yo debo. Hé ahí la mina inagotable de donde sacamos nosotros toda nuestra riqueza.

Vivir con lo propio, es una vulgaridad que ha detenido en los individuos, en las familias y en los pueblos, el desarrollo de la riqueza pública.

Vivir con lo ajeno, es el principio lu-

minoso que lleva de casa en casa, de pueblo en pueblo, de nacion en nacion, la cultura de la riqueza universal.

Vivir con el trabajo de ayer, es no acertar á salir del dia, es para el hombre como ir detrás de sí propio; pero vivir con el trabajo de mañana, es adelantarse á su tiempo, ó ir delante de sí mismo.

La economía tenia antes por base el ahorro; ahora tiene por fundamento el lujo.

Antes no pasaba de ser una virtud, una pobre virtud; ahora es una ciencia, toda una ciencia.

Tener lo que se puede, es ciertamente tener algo; pero tener lo que se quiere, es más, es mucho más; es tenerlo todo.

El trabajo era el principio de aquella economía.

El lujo es el elemento de ésta.

Y convengamos en que el lujo es más cómodo que el trabajo.

Trabajar para vivir, no es lo mismo que vivir para gozar.

La miseria es general. Y bien; ¿qué tenemos con eso? ¿Acaso el lujo no es tan general como la miseria?

Medid bien la profundidad de estas dos medidas.

Pobreza: medida—vacía por supuesto—de lo que el hombre necesita para vivir.

Lujo: medida—nunca llena—de todo lo que el hombre necesita para gozar.

El lujo no es más que la superficie; la miseria es el fondo.

Lujo es una palabra cuyo sentido es miseria.

EL LUJO DE LAS MUJERES.

Se ha levantado en el corazon mismo de la Francia un grito terrible contra el lujo de las mujeres, que ha sido inmediatamente acogido por todos los hombres.

La voz de Mr. Dupin, mas aguda que profunda, ha ido á clavarse como la punta de una aguja en la piel delicada y sensible de todos los bolsillos.

Este suceso tiene dos aspectos.

Mr. Dupin, alzándose valerosamente contra el lujo, llega á tomar á nuestros

ojos las proporciones de un grande hombre; pero el mismo Mr. Dupin, acometiendo con impetuoso denuedo el lujo de las mujeres, no pasa á los ojos de cualquiera de ser mas que un pobre hombre.

En el primer caso, parece que lanzándose en medio del camino por donde se precipita la corriente del siglo, intenta detenerla.

Esto es sublime, es heróico; supone un valor extraordinario y una fuerza invencible.

En el segundo caso, Mr. Dupin me hace el efecto de un hombre que queriendo apagar una luz, sopla en el reflejo que la misma luz produce.

Y de cualquier modo que esto sea, yo pregunto:

¿La cuestion es de sentimiento ó de cálculo?

¿Se habla en nombre de la virtud ó de la economía?

¿Se pretende que las mujeres sean honestas, ó solo se aspira á que sean baratas?

¿Con qué debemos discurrir en el caso presente; con el corazon que siente, con la cabeza que reflexiona, ó con el bolsillo que calcula?

¡El lujo de las mujeres! horrible abominacion! Todos los hombres debemos reunirnos y armarnos para caer juntos sobre..... ¿sobre quién? ¿Sobre el enemigo de nuestro reposo, sobre el enemigo de nuestra honra, ó sobre el enemigo de nuestro dinero?

Arrojémonos con violento empuje sobre ese ejército que nos saquea; lancémonos todos contra esas nubes de langostas que devoran nuestras cosechas; rasguemos los encajes, despedacemos las blondas; abajo

los diamantes, fuera el terciopelo, muera la seda.

Hé aquí la gran hazaña que tenemos delante.

¿La hemos pensado bien? Veamos.

¿Contra quién nos dirigimos? Contra las mujeres. ¿Qué han hecho las mujeres para ser repentinamente blanco de nuestra indignacion y objeto de nuestras iras? Gastar mucho, gastar más de lo que tiene el padre, gastar más de lo que tiene ne el hermano, gastar más de lo que tiene el marido, gastar más de lo que tienen todos esos hombres que andan siempre alrededor de las mujeres que gastan mucho.

¿Y en qué gastan tanto las mujeres?

En blondas, en encajes, en diamantes, en seda, en terciopelo, en alfombras y en perfumes, en coches y en caballos.

¿Y cómo se llama esto?

Se llama lujo.

Pero bien; ¿qué cosa es lujo?

Siempre ha sido la señal evidente de la decadencia de las naciones, el síntoma grave de la corrupcion de los pueblos, y el anuncio de su ruina: así lo dicen la fastuosa Babilonia, la sensual Grecia, la soberbia Roma.

Pero eso era antes, cuando el hombre, envuelto en las tinieblas de la ignorancia, andaba á ciegas por el camino del progreso.

Aquella pobre gente no sabia ser grande, ser rica, ser poderosa, y caia oprimida por el mismo peso que intentaba levantar sobre sus hombros.

Hoy el lujo es todo lo contrario; es eso que llamamos desarrollo de los intereses materiales; es eso que se llama economía por burla, y ciencia por sarcasmo; es eso

que con altanera satisfaccion llamamos prosperidad pública.

Pensadlo bien; el lujo es el fomento de esa gran industria que vosotros llamais civilizadora; es la vida del comercio, el alma de la Bolsa.

Es el gran resorte que nos empuja por el camino del progreso moderno, es esa necesidad activa que á todos nos mueve.

Observad atentamente la direccion de todos nuestros adelantos, y vereis cómo todos van á parar á un mismo punto: al lujo.

No nos precipitemos; el asunto es mas sério de lo que á primera vista parece: pensadlo bien, no vayamos á clavar la espada de nuestra ira en las entrañas mismas de nuestra civilizacion magnífica.

No os dejeis arrastrar impremeditadamente por la voz de Mr. Dupin; ese hombre intenta sublevarnos contra nuestro siglo; es preciso que lo sepais; la reaccion es la que habla por su boca.

¡El lujo de las mujeres! Esa no es mas que una manera capciosa de presentarnos la cuestion, porque las mujeres no han venido á ser mas que el lujo de los hombres.

Los entendimientos vulgares, que todavía discurren por el añejo sistema de tres y dos son cinco, nos dirán: «Suprimid el lujo, porque el lujo nos arruina.»

No hay inconveniente en admitir semejante supuesto, porque tenemos á la mano una réplica victoriosa.

Nosotros les diremos:

«Si es cierto que el lujo nos arruina, es evidente que si suprimimos el lujo nos arruinamos.»

Si se espantáran de esa afirmacion terrible, añadid:

«Hemos quemado las naves para no re-

troceder. ¿Dónde están ya las virtudes con que pudiéramos sustituir al lujo?

Ellos no pueden presentarlas, y no tendrán más remedio que convencerse.

Y aplicando la filosofía de todos los tiempos á la historia presente, vuelvo á preguntar:

¿Qué es el lujo?

El lujo es la religion de la materia, el culto de los placeres, la moral del deleite. ¿Y hemos de destruir de un solo golpe la religion, el culto y la moral de nuestro siglo?

¿Qué se pretende?..... ¿que las mujeres renuncien á la parte que legítimamente les corresponde en el goce universal de la propiedad pública?..... ¿Habremos de despojarlas de su derecho porque son débiles?..... ¿Quereis que valgan mas y que cuesten menos?

Si las mujeres que vosotros habeis he-

cho á vuestra imágen y semejanza se despojáran del valor de las blondas, de los diamantes, de los perfumes y de la seda, ¿qué valdrian ante la culta sensualidad de vuestros sentidos?..... ¿Por qué no han de gastar las mujeres lo que no tienen, cuando las naciones y los gobiernos gastan lo que no tendrán nunca?

Si son como vosotros las habeis hecho, ¿por qué género de lógica pretendeis que sean de distinta manera? Si os imitan, ¿por qué las acusais?

Si es el lujo de las mujeres el brillante espejo en que nuestro siglo se ha detenido á mirarse la cara..... ¿qué pretendeis?..... ¿romper el espejo?

Pobres mujeres, que ostentais diamantes, que os cubrís de encajes, pisais terciopelo y arrastrais sedas, ¿á dónde nos llevais?—La escasez de vuestras virtudes

no nos inquieta, pero el exceso de vuestro lujo nos espanta.

Vosotras en cambio sois la justicia, porque sois como ellos os merecen; y sois al mismo tiempo la bondad, porque sois como ellos os quieren.

¿No os han despojado de vuestra modestia? pues devorad vosotras hasta el último céntimo. ¿Os han perdido? pues arruinadlos.

¡Os han iluminado con todas las luces del siglo, y pretenden ahora que renuncieis á la satisfaccion de brillar!

Alzad la voz y decidles que se han abierto vuestros ojos, que se han disipado ante vuestras miradas las tinieblas de todas las preocupaciones, que veis claro, que ya, en fin, no servís para monjas.

Pedid lujo, y que ellos pidan limosna.

Si la virtud os condena, la civilizacion os absuelve.

LA ESTRELLA MADRILEÑA.

Desde el principio del mundo creo yo que ha de haber sido cuestion dificil de resolver una que hoy se nos ofrece con interés mas vivo.

Yo pregunto: ¿Es una felicidad para un padre, para un marido, para un hermano ó para un hijo, tener una hermana, una esposa, una hija ó una madre más ó menos jóven, más ó menos hermosa, más ó menos buena, pero de cualquier modo notable, ó por su lujo, ó por sus caprichos,